



Inmersión en una cultura

Cuando Juan Antonio nació, su padre, que es hincha de Peñarol, le compró un banderín de su equipo favorito y lo colgó de la cuna. Su tío, hincha de Nacional, hizo lo propio con un banderín de su club. Como el papá de Juan Antonio nunca colgó ese banderín de la cuna de su hijo, el tío le regaló un enterito azul y rojo y así logró que el chiquilín vistiera los colores de su camiseta.

No bien Juan Antonio aprendió a caminar, su padre le compró su primera pelota. Desde entonces, le gustaba pasar sus ratos libres enseñándole a su hijo. Fueron muchos ratos, hasta que un día el piecito de Juan Antonio golpeó la pelota y la cara de su padre se iluminó con una sonrisa. A la mamá le encantaba verlo jugar y no dejaba de asombrarla la magia que rodeaba ese momento. Su esposo era habitualmente un hombre nervioso e impaciente, pero cuando pateaba la pelota hacia su hijo pequeño, sabía medir sus fuerzas y, sobre todo, sabía festejarle los logros sin criticarle los yerros. De

cada diez pelotas que Juan Antonio recibía devolvía una, a veces, dos. El padre – buen futbolista él mismo – se divertía en esos momentos, los mínimos logros de su hijo le alegraban la tarde. No era conversador pero cualquiera podía darse cuenta de que a través de esa pelota que iba y venía por el pasto, directa cuando salía de los pies del padre; lenta y desviada cuando pateaba el niño; padre e hijo se estaban comunicando.

En la pequeña casa donde vivían, Juan Antonio jugaba mientras su papá miraba por la tele los partidos de Peñarol y los de la selección. Lo vio concentrarse frente a la pantalla, lo vio festejar y llorar. A medida que fue creciendo, también él se interesó por mirar fútbol y pudo comentar con su papá las jugadas más importantes. Los lunes, Juan Antonio fue oyendo (desde siempre, desde que tuvo memoria) que no solo su papá sino los vecinos en el almacén, en el ómnibus, los niños en la escuela, todos tenían algo para decir del partido del domingo. Así Juan Antonio mientras aprendía a jugar al fútbol aprendía también a mirar fútbol y a hablar de él.

Cuando tuvo edad suficiente, el papá lo llevó a la cancha, invitándolo a una fiesta inmensa. Muchos participantes asistían vestidos de negro y amarillo; otros llevaban los dos colores en un sombrero, una cinta, una pulsera. Desde entonces, muchas veces Juan Antonio y su papá fueron juntos a la cancha.

A los cinco años, lo inscribieron en una escuelita de fútbol. Los entrenamientos duraban una hora tres veces por semana. A los ocho años, Juan Antonio cambió de categoría y los entrenamientos fueron de noventa minutos. Su mamá, lo llevo y lo trajo en su motito, todas las tardes, alentándolo para que no faltara. Desde entonces, los ratos libres de Juan Antonio fueron para jugar a la pelota, en la calle, en los recreos de la escuela; siempre aprendía algo nuevo.

A partir de los ocho años comenzaron los partidos entre clubes. Allí estuvieron siempre, sentados en la tribuna la mamá y el papá, a veces también abuelos y tíos. Cuando Juan

Antonio corría por la cancha con la pelota entre los pies, sabía que sus seres queridos estaban cerca de él. A la salida de la cancha todos comentaban el partido.

A fin de año se encontraba toda la familia de la mamá, tíos abuelos y abuelos; primos viejos y jóvenes, tíos de distintas edades. Después del asado los grandes jugaban un partido y los más chicos los miraban. A medida que iban creciendo los de la nueva generación, iban uniéndose al partido. Cuando las dos generaciones estuvieron más o menos parejas, se armaron los partidos de grandes contra jóvenes. Así, año tras año, los hombres adultos se enfrentaban a la nueva generación. Hubo un partido que Juan Antonio nunca olvidaría: los primos mayores ya tenían entre quince y dieciocho años; los tíos más viejos pasaban los cincuenta. Él, con sus diez años era el más chico de todos. Fue la primera vez que le ganaron a los grandes. Durante el partido, los grandes jugaron a morir, hasta usaron la fuerza de sus cuerpos algo gordos para marcar a los primos más grandes y más de uno cayó al suelo. No querían perder por nada del mundo. Pero cuando todo terminó y en las bromas y charlas que siguieron durante meses, Juan Antonio pudo notar el orgullo de los padres y los tíos. Como si perder ese partido era señal de que habían hecho las cosas bien, de que les habían enseñado a sus hijos algo que para ellos era muy valioso y los gurises lo habían aprendido. « Ya van a perder ustedes alguna vez contra sus hijos », les dijeron. Esa frase no solo hablaba de una ley de la vida sino de la seguridad de que esa cultura iba a continuar, tan natural que a nadie se le ocurría que otra cosa pudiera suceder, que los hijos de esos hijos no aprendieran a jugar a la pelota.

Ruth Kaufman

Preguntas para abrir conversaciones

¿Qué hitos podrían ocurrir en la vida de Juan Antonio para hacer posible su inmersión en la cultura escrita?

¿Qué acciones pueden hacerse en la escuela para lograr que Juan Antonio se forme como lector?

